



Gaizka Fernández Soldevilla, María Jiménez Ramos
y Josefina Martínez Álvarez
(Coordinadores)

Terrorismo y represión

La violencia en el ocaso de la dictadura
franquista

tecnos





TERRORISMO Y REPRESIÓN



GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA
MARÍA JIMÉNEZ RAMOS
JOSEFINA MARTÍNEZ ÁLVAREZ
(Coordinadores)

TERRORISMO Y REPRESIÓN

LA VIOLENCIA EN EL OCASO DE LA DICTADURA FRANQUISTA

Prólogo de
FERNANDO ÓNEGA

AUTORES

VÍCTOR APARICIO RODRÍGUEZ	RONCESVALLES LABIANO
MANUEL CALDERÓN	CARMEN LADRÓN DE GUEVARA PASCUAL
GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA	JOSÉ MARÍA MARÍN ARCE
JULIO GIL PECHARROMÁN	JOSEFINA MARTÍNEZ ÁLVAREZ
MARÍA JIMÉNEZ RAMOS	MIREYA TORIBIO MEDINA

Diseño de cubierta:
Anai Miguel

La edición de esta obra ha contado con el apoyo del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo y de la Universidad Nacional de Educación a Distancia.



Las opiniones expuestas a lo largo del libro son responsabilidad exclusiva de sus autores y no afectan a las políticas de las entidades que auspician la publicación.

1.ª edición, septiembre 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© VÍCTOR APARICIO RODRÍGUEZ, MANUEL CALDERÓN,
GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, JULIO GIL PECHARROMÁN,
MARÍA JIMÉNEZ RAMOS, RONCESVALLES LABIANO,
CARMEN LADRÓN DE GUEVARA PASCUAL, JOSÉ MARÍA MARÍN ARCE,
JOSEFINA MARTÍNEZ ÁLVAREZ y MIREYA TORIBIO MEDINA, 2025

© del prólogo, FERNANDO ÓNEGA, 2025

© FUNDACIÓN CENTRO PARA LA MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO, 2025

© EDITORIAL TECNOS (GRUPO ANAYA, S. A.), 2025

Valentín Beato, 21 - 28037 Madrid



ISBN: 978-84-309-9258-4
Depósito Legal: M-16042-2025

Printed in Spain

A quienes, pese al embate de la violencia, construyeron la democracia.

¿Quiénes son los buenos? Es lo que todo europeo bienintencionado, todo europeo de izquierdas, todo intelectual europeo o todo liberal europeo siempre quiere saber antes que nada. Quiénes son los buenos y quiénes los malos de la película.

Amos Oz, *Contra el fanatismo*.



ÍNDICE

PRÓLOGO. EL AÑO DEL TRÁNSITO, por <i>Fernando Ónega</i>	Pág. 13
INTRODUCCIÓN, por <i>Gaizka Fernández Soldevilla</i>	21
I. UNA SEMANA DE IRA	21
II. AÑOS DE PLOMO	25
III. EL CONTEXTO NACIONAL	27
IV. EL RÉGIMEN	29
V. LAS EJECUCIONES	35
VI. LA TRANSICIÓN	41
VII. EL PROYECTO	42
 CAPÍTULO I. RESILIENTES, REFORMISTAS Y TRANSFORMIS- TAS. EL OCASO DEL FRANQUISMO (1974-1976), por <i>Julio Gil</i> <i>Pecharrromán</i>	 47
I. INTRODUCCIÓN	47
II. ENTRE EL INMOVILISMO Y EL REFORMISMO	48
III. UNA APERTURA FALLIDA	51
IV. UN PECULIAR SISTEMA DE NO-PARTIDOS	55
V. PERDIENDO EL RUMBO	58
VI. NEOFRANQUISTAS Y POSTFRANQUISTAS	62
VII. RUMBO AL CENTRO	65
VIII. REFORMAR PARA TRANSFORMAR	70
 CAPÍTULO II. LA OPOSICIÓN DEMOCRÁTICA Y LA MOVILIZA- CIÓN SOCIAL EN LAS POSTRIMERÍAS DEL FRANQUISMO, por <i>José María Marín Arce</i>	 73
I. INTRODUCCIÓN	73
II. EL ASESINATO DE CARRERO BLANCO	74
III. GOBIERNO ARIAS NAVARRO. CONTINUISMO Y REPRESIÓN	76
IV. LA REVOLUCIÓN DE LOS CLAVELES EN PORTUGAL. AMENAZA PARA EL FRANQUISMO Y ESTÍMULO PARA LA OPOSICIÓN	78
V. ¡REBELIÓN A BORDO!	84
VI. AGONÍA Y MUERTE DEL DICTADOR	90

TERRORISMO Y REPRESIÓN

CAPÍTULO III. <i>LEX DURA</i> . LA RESPUESTA LEGISLATIVA DE REINO UNIDO, ITALIA Y ESPAÑA FRENTE A LA TERCERA OLEADA DE TERRORISMO, por <i>Mireya Toribio Medina</i>		95
I.	INTRODUCCIÓN	95
II.	LOS <i>TROUBLES</i>	97
III.	ITALIA Y <i>LOS ANNI DI PIOMBO</i>	102
IV.	EL CASO ESPAÑOL	113
V.	CONCLUSIONES	121
CAPÍTULO IV. EL MIL, UNA GUERRILLA CONTRACULTURAL EN EL PEOR LUGAR POSIBLE, por <i>Manuel Calderón</i>		123
I.	ESPEJISMOS DE MAYO DEL 68	123
II.	BARCELONA HEDONISTA	124
III.	ELITISMO REVOLUCIONARIO	128
IV.	LA VIOLENCIA NO PUEDE PARAR	130
V.	LA HORA DE PUIG ANTICH	132
VI.	CORRE LA SANGRE	134
VII.	<i>CIA</i> , UN FRÍVOLO PANFLETO <i>UNDERGROUND</i>	135
VIII.	OLVIDO Y ESCAPADA	139
IX.	TODO SE HUNDE	140
X.	SOLEDAD ABSOLUTA	142
CAPÍTULO V. <i>TXIKI</i> Y OTAEGI. DE ETA AL MITO, por <i>Gaizka Fernández Soldevilla</i>		147
I.	INTRODUCCIÓN	147
II.	LA ESPIRAL	150
III.	OTAEGI	155
IV.	PAREDES	159
V.	ACCIÓN-REACCIÓN	162
VI.	¿SANGRE ÚTIL?	165
VII.	VÍCTIMAS	168
VIII.	CONCLUSIONES	172
CAPÍTULO VI. EL FRAP A LA LUZ DE LOS CONSEJOS DE GUERRA DE SEPTIEMBRE DE 1975, por <i>Carmen Ladrón de Guevara Pascual</i>		181
I.	INTRODUCCIÓN	181
II.	LEGISLACIÓN ANTITERRORISTA FRANQUISTA	187
III.	LOS CONSEJOS DE GUERRA DE 1975 A LOS MIEMBROS DEL FRAP ..	189
1.	<i>Primer consejo de guerra por el asesinato de Lucio Rodríguez Martín</i>	189
2.	<i>Segundo consejo de guerra por el asesinato de Antonio Pose Rodríguez</i>	194
IV.	EJECUCIÓN DE LAS SENTENCIAS	200
V.	CONCLUSIONES	201

CAPÍTULO VII. LAS VÍCTIMAS DE LOS VICTIMARIOS-VÍCTIMAS, por <i>Roncesvalles Labiano y María Jiménez Ramos</i>	205
I. UNA NUEVA CATEGORÍA DE VÍCTIMA	205
II. LA PRENSA COMO ESCENARIO DE LA MEMORIA Y EL OLVIDO	208
III. <i>TXIKI</i> , OTAEGI Y TRES BIOGRAFÍAS RESCATADAS	211
1. <i>Gregorio Posada Zurrón</i>	212
2. <i>José Díaz Linares</i>	215
3. <i>Ovidio Díaz López</i>	218
IV. EL FRAP CONTRA LAS FCS	221
1. <i>Lucio Rodríguez Martín</i>	221
2. <i>Antonio Pose Rodríguez</i>	223
V. EL LUGAR DE LAS VÍCTIMAS DE LOS VICTIMARIOS-VÍCTIMAS	226
 CAPÍTULO VIII. <i>LE PROBLÈME DES FRONTIÈRES</i> . FRANCIA Y LA VIOLENCIA EN EL TARDOFRANQUISMO, por <i>Victor Apa-</i> <i>ricio Rodríguez</i>	229
I. INTRODUCCIÓN	229
II. FACTORES CONDICIONANTES DE LAS RELACIONES HISPANOFRAN- CESAS DURANTE LA DICTADURA FRANQUISTA	230
III. EL MARCO ANTITERRORISTA FRANCÉS Y LA CONSTRUCCIÓN DEL SANTUARIO	232
IV. ENTRE BURGOS Y ROLANDO: EL PROBLEMA SE ENQUISTA (1970- 1974)	236
V. 1975: ESPIRAL Y EJECUCIONES	242
VI. CONCLUSIONES	248
 CAPÍTULO IX. LA MEMORIA CINEMATOGRAFICA DEL TARDO- FRANQUISMO, por <i>Josefina Martínez Álvarez</i>	253
I. LOS CINEASTAS DEL LADO ROJO DEL MUNDO	253
II. CARRERO. EL IMPACTO DE UN MAGNICIDIO	257
III. LOS ÚLTIMOS FUSILAMIENTOS DEL FRANQUISMO	263
IV. LA PREVENCIÓN HACIA LA EXTREMA DERECHA	266
V. ACCIÓN-REACCIÓN-ACCIÓN: <i>SALVADOR PUIG ANTICH</i>	271
VI. AL OTRO LADO DE LA TRINCHERA: <i>EL LOBO</i>	274
VII. CONCLUSIONES	276
 BIBLIOGRAFÍA	279
 NOTAS	289
 LOS AUTORES	313
 SIGLAS	317
 ÍNDICE ONOMÁSTICO	321



PRÓLOGO

EL AÑO DEL TRÁNSITO

FERNANDO ÓNEGA

José Andrés Rojo escribió en el diario *El País* en un recuerdo afectuoso de Eduardo Mendoza y su gran novela *La verdad sobre el caso Savolta*, publicada en el mes de abril de 1975: «Franco se iba a morir meses más tarde, pero el tono de aquel libro y su espíritu repleto de humor y su desparpajo revelaban que para buena parte de la sociedad española de entonces era ya un cadáver que anunciaba el final de una época sombría».

No es difícil suscribir esta descripción. Franco, efectivamente, murió el 20 de noviembre de aquel año. Quienes entonces teníamos menos de treinta tacos, pero ya llevábamos mucho periodismo, habíamos visto morir al «Caudillo» decenas, por no decir centenares de veces, y desde nuestra más tierna infancia. Cada poco tiempo lo mataba o lo tumbaba la emisora de La Pirenaica aprovechando, sobre todo, alguna huelga de la minería asturiana. En consecuencia, había personal decepcionado por el hecho de que el anuncio no se acabara de cumplir, personal que celebraba que no se cumpliera y personal conformista o medio satisfecho de los años de paz —«Paz y Ciencia», lema burlesco de la censura que se atribuyó a *La Codorniz*— y se limitaba a pedir al Altísimo que se hiciera, como de costumbre, su santa voluntad.

La tardanza en el óbito hizo que el país fuese invadido por un interrogante que en el Palacio de El Pardo se tomaba como la nueva plaga de la langosta: «Después de Franco, ¿qué?». Esa pregunta ocupó portadas de revistas, editoriales de diarios, artículos de columnistas y no digo horas de tertulias, porque entonces este cronista todavía no había llevado las tertulias a las antenas de la radio. Es más: no había información —y mucho menos comentarios políticos en la radio— porque Adolfo Suárez no había llegado a la presidencia del gobierno y no había decretado la libertad de información radiofónica.

La pregunta era retórica, porque había sido respondida ya en 1947, hacía nada menos que veintiocho años antes, con una ley pomposamente llamada Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado y sancionaba que Espa-

na era una monarquía. Se concretó más en 1969, en una nueva ley fundamental —«leyes fundamentales», esa era la terminología para evitar la palabra Constitución— que decía literalmente: «Al producirse la vacante en la Jefatura del Estado, se instaurará la Corona en la persona del príncipe don Juan Carlos de Borbón y Borbón».

Por tanto, no había dudas. Si se insistía en la pregunta, era por otras intenciones ocultas, posiblemente parecidas a estas: ¿Continuidad del régimen franquista o desenganche? ¿Monarquía como quiere Franco o república, que era el régimen legítimo y democrático, derribado por el Alzamiento Nacional? ¿Monarquía de don Juan Carlos o monarquía del Duque de Cádiz y yerno del matrimonio Franco-Polo, como pretendía, según rumores muy creíbles, doña Carmen Polo de Franco, señora de Meirás? Y la polémica que dominó prácticamente toda la transición y solo en la transición se formuló con claridad: ¿Reforma o ruptura?

Las respuestas más publicadas, más allá de las intenciones, fueron las que más coincidían con el poder de entonces. Se acuñaron fases que llegaron a ser eslóganes. Por ejemplo, aquella tan ingeniosa como vacía de «Después de Franco, las instituciones», que sigue esperando un traductor, ignoro si autorizado o imaginativo. Y, profundizando un poco más, la parte más adicta al Movimiento llegó a la fantasía de hablar de «monarquía del 18 de Julio».

Cito esta suma de episodios para confirmar que de alguna forma el postfranquismo comenzó antes del fallecimiento del Generalísimo; del «hecho biológico», como decía el eufemismo periodístico para evitar el malsonante nombre de la muerte, palabra que no debía gustar mucho al paciente llamado Francisco Franco Bahamonde ni se debía aplicar a quien estaba en el poder «por la gracia de Dios».

Y añadido para completar esta teoría que la idea de una España sin Franco acompañó al Generalísimo durante casi todo su régimen con un país dividido casi al 50 por 100 entre quienes contemplaban ese horizonte con pánico a que fuese verdad aquel principio que aseguraba de «todo está atado y bien atado» y quienes lo contemplaban con apasionado deseo de que se cumpliera de una vez la ley de vida. Como es natural, esa fue la banda sonora de 1975, especialmente desde que una insumisa flebitis atacó al dictador, lo llevó al Hospital de La Paz, se aceptó que Franco posiblemente fuese un ser humano que podía y debía desaparecer y, como si se tratase del ensayo de un espectáculo teatral, pudimos ver al príncipe Juan Carlos de Borbón haciendo de Jefe del Estado en funciones.

Y desapareció un 20 de noviembre, fecha que se hizo casi mágica para el mundo de la Falange y el Movimiento porque también un 20 de noviembre fue fusilado José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española. La izquierda de aquel histórico momento sufrió durante medio siglo el escarnio de que se le echase en cara que Franco muriese en la cama: después del heroísmo de los guerrilleros comunistas de los años cuarenta, después de fusilamientos tan recientes como los del 27 de septiembre de

1975, el gran responsable de exilios, persecuciones, encarcelamientos y crueldades varias moría acompañado de sus seres queridos y, según decían las esquelas, «confortado con los auxilios espirituales». Todo lo que se había rezado por él durante cuarenta años en los miles de templos y pequeñas iglesias rurales que hay en España no sirvió para salvarle, pero quizá sí para que se le pudiera hacer un entierro ordenado después de un paseo en furgón entre miles de personas que, según las crónicas del día siguiente, lo despidieron emocionada y cariñosamente.

¿Y cómo era en aquel momento la España que había gobernado con mano de hierro durante tanto tiempo que parecía una eternidad? Ahora se la dibuja como una España en blanco y negro y es cierto, porque las imágenes que llegaron a nosotros son todavía en blanco y negro y, sobre todo, porque éramos un país falto de color. Digamos que el colorido fue el compañero de la democracia.

Era, además, un país de restos medievales, donde la mujer apenas tenía derechos reconocidos ni en las leyes ni en las costumbres más arraigadas y hubo que arrancarlos a base de presión del feminismo organizado y de una incipiente conciencia de igualdad.

Los matrimonios, por supuesto, eran para toda la vida, tal como mandaba la Santa Madre Iglesia y se prometía y se sigue prometiendo —«hasta que la muerte nos separe»— en las ceremonias nupciales, con novias de blanco (entonces), novios bien trajeados (entonces) y padrinos cargados de cajas de puros (también entonces), que no había lugar donde no estuviera permitido fumar. Incluso en los platós de Televisión (Española, faltaría más) en programas grabados y en directo. Y yo he visto a un cardiólogo entrar en una UCI con el pitillo en la mano. Los jóvenes de entonces seguimos vivos cincuenta años después por los impresionantes avances de la medicina.

Proclamada y aceptada a la fuerza la estabilidad conyugal, hay que añadir la causa fundamental: no existía el divorcio, pero cuenta la leyenda que existía la institución de «la querida», que aliviaba mucho los conflictos de pareja. No existe constancia oral ni escrita de la existencia de la posible réplica masculina a esa institución, que sería «el querido».

Una sociedad tradicionalmente agraria llevaba ya algún tiempo experimentando una gran transformación: el abandono de tierra y actividad para huir a las ciudades, que era donde se suponía que estaba el bienestar, la calefacción central y el agua corriente y caliente. Las generaciones anteriores habían emigrado a Europa y América. Los jóvenes de 1975, solteros y casados, emigraban a las ciudades españolas, fundamentalmente a Bilbao, Barcelona y Madrid o a las capitales de sus provincias.

De esta forma la construcción vivía un *boom* sensacional. Por todas partes se veían grúas en el horizonte, surgían barrios nuevos y el negocio inmobiliario hizo posible que creciera la lista de grandes millonarios, casi siempre bajo la protección del régimen que, si no conseguía sumar adhesiones ideológicas, parece que sí las conseguía con el favor y la recalificación,

origen de tanta especulación. Pero el problema de la vivienda era menos dramático, al menos en número de afectados. Quien no podía conseguir un piso o pagar un alquiler, siempre podía hacer una chabola, y se hicieron miles. La periferia de las ciudades era sinónimo de chabola, que desembocó en sinónimo de tráfico de drogas y de delincuencia.

A quienes nos sobraban mil pesetas mensuales, la propiedad del ladrillo no era una utopía: bastaba con firmar en un solo acto 120 letras de cambio, una por cada mes de diez años, y encontrábamos donde meternos. Los intereses que nos cobraban podían superar el 17 por 100 —hoy nos parece usura el 3 o el 4 por 100—, pero como los salarios subían en el mismo porcentaje, era fácil aplicar la vieja medicina: el que no se consuela es porque no quiere.

Hasta donde uno sabe, que no es mucho, la modernización llegó, naturalmente, a los usos amorosos. Nueve años antes se había aprobado la ley de prensa que eliminaba la censura previa y en las redacciones hizo fortuna un pareado: «Bendita la libertad de Fraga, que nos deja ver la braga». Y así, la braga, puesta o quitada, aparecía en multitud de portadas de revistas, no necesariamente del corazón. Nació el fenómeno del destape, que tendría su versión más estruendosa al año siguiente, 1976, cuando Antonio Asensio lanzó al quiosco la revista *Interviú*. Y el destape o el despelote llegó también al cine con notable éxito de público y de influencia en la nueva moral. La adaptación cinematográfica de *El libro del buen amor* es de 1975 y la Wikipedia recuerda el comentario que le hizo Pascual Cebollada en diario católico *Ya*: «Una amplia muestra de desnudeces masculinas y femeninas por delante y por detrás ilustrada con obscenidades». Era el cambio moral, que alcanzaría todo su esplendor poco después, en los primeros tiempos de la Transición.

Tal exhibición fue acompañada o empujada por otras novedades trascendentales. La primera, la aparición del bikini, con gran oposición de los sectores más conservadores, pero se impuso, al parecer con la tolerancia del propio Franco al que se elevaron las protestas de esos sectores. La segunda, el turismo, que año a año crecía y nos permitía ver otros rostros y otros cuerpos. Por ejemplo, el de las suecas, cuyo sentido de la libertad sexual hizo que se constituyeran en mito erótico de toda una generación. Y la tercera, la desinhibición erótica. Se perdió el sentido reverencial a la virginidad. Se publicaron libros con vocación de *best seller* que indagaban cómo había sido la primera vez e investigaciones similares. Se empezó a hablar —empezó a hablar el sector más carca— de juventud que había perdido los principios y la dificultad para la práctica de tales pecados tuvo que ser el espacio físico, aliviado, pero no resuelto con la popularización del coche, porque tuvo mucho éxito una canción que lamentaba: «Qué difícil es hacer el amor en un Simca 1000, en un Simca 1000».

Había más libertad para la exhibición erótica que para su práctica y a la ausencia de esa libertad se añadía la falta de tiempo. La culpa, del pluriempleo. Como era poco útil reclamar aumento de sueldo, resultaba más

eficaz buscar un segundo trabajo que, sorprendentemente, siempre se encontraba. Así se hizo habitual el pluriempleo, palabra que define la crónica laboral de aquel tiempo. Así se asistió al triunfo del Seat 600, que era el símbolo de la libertad, aunque solo fuese de movimientos. Y así se pudo certificar que España tenía, por fin, una clase media. Cuando la mayoría social tiene patrimonio que conservar, no es procedente invitarla a la revolución. Esa fue la base sociológica de la transición que esperaba ante las puertas de los palacios.

Y, acompañando a esas transformaciones tan recordadas, el cambio político, que no todo consistía en preguntar qué pasaría después de Franco. El cambio político comenzó con un proceso lleno de lógica: lo primero, la demanda social. A pesar de que las estructuras franquistas estaban muy enraizadas en la sociedad después de cuarenta años de propaganda, exaltación, obras públicas y beneficencia, esa misma sociedad empezó a soltar amarras con la dictadura con Franco vivo y, por lo tanto, con mucho cuidado, bastante miedo e inevitable clandestinidad.

Me parece de justicia apuntar que uno de los principales motores del cambio, antes de que el rey Juan Carlos pudiera recibir este título, ha sido la prensa. Los periódicos auscultaron a la sociedad y percibieron, más que la necesidad de poner fin al franquismo, la corriente de opinión que lo daba por liquidado. Fueron el altavoz de un grupo de políticos presentados como «los hombres del futuro» o «la generación del rey» y merecieron infinidad de reportajes. Hicieron que tomase cuerpo informativo la «oposición democrática». Dieron los primeros pasos de ansiedad por los partidos políticos aireando las asociaciones, invento que nunca dio frutos. Y un grupo de periodistas que siguen necesitando el reconocimiento nacional por los riesgos asumidos fueron los grandes avanzados de la aventura de la libertad.

Coincidieron con esa realidad informativa dos ambientes de revuelta y de protesta: la universidad y la fábrica. En la universidad, la imagen era constante: asambleas de facultad, manifestaciones, carreras delante de los grises, detenciones y filmaciones y fotografías de los percances entre rebeldes y guardias —altercados, decía la prensa— que tardarían tiempo en publicarse.

En la fábrica, el nacimiento clandestino de los sindicatos de clase, que en 1975 eran ilegales y solo existía el sindicalismo vertical. La calle se familiarizó con las huelgas. Protagonistas míticos, como Marcelino Camacho, fundador de Comisiones Obreras, fueron severamente juzgados y severamente condenados a largas penas de cárcel. Al conseguir la libertad con las amnistías de 1976, esos perseguidos y encarcelados o regresados del exilio dieron un ejemplo de concordia con pocos antecedentes: en vez de propugnar la revancha, se esforzaron en arrimar el hombro para el éxito de la reforma política. Fueron, por tanto, piezas esenciales en el éxito de la Transición.

El día más triste del año 1975 fue, sin duda, el 27 de septiembre. Esa madrugada, 5 jóvenes (José Humberto Baena, José Luis Sánchez Bravo,

Ramón García Sanz, Juan Paredes Manot y Ángel Otaegi, los 3 primeros militantes del FRAP y los 2 últimos miembros de ETA) fueron ejecutados por fusilamiento, después de 4 consejos de guerra. Fueron las últimas ejecuciones de una larga lista confeccionada a lo largo de cuarenta años. El destino quiso que todo se produjese solo tres meses antes de la defunción de Franco, que, a pesar de la famosa flebitis, tuvo salud para firmar las órdenes de ejecución. Y menciono al destino porque la brutalidad de los hechos acompañará la memoria del dictador, ligada siempre a la peor de las violencias, que es la pena de muerte. Periodísticamente, lo que entonces tenía que ser explicación de la legalidad en que se basaron esos sacrificios, hoy parece complicidad con lo peor de la dictadura. En muchas referencias a todos los fusilamientos no se habla de cumplimiento de una ley inaceptable, se habla de asesinatos.

Se podría hablar también de terrorismo; terrorismo de Estado, si se tiene en cuenta que se practicó bajo el amparo de las leyes del Estado entonces vigentes. Quizá no se haga porque esa palabra, terrorismo, queda adjudicada en España a ETA y a otras organizaciones criminales que fueron durante décadas la principal amenaza a la democracia naciente y al Estado de Derecho que se acababa de crear.

Algunos creímos que, con la Constitución y la devolución de las libertades a las personas y a los pueblos, las bandas armadas tendrían que desaparecer, al desaparecer también las causas de su creación. No fue así. ETA siguió matando, y más que nunca, después de 1975. El terrorismo de extrema derecha se constituyó en fuerza de oposición armada a la democracia con atentados como la matanza de Atocha en enero de 1977 y, vestido con otros uniformes, construyó la trama del golpe de estado del 23-F. Y, por si faltara algo, nació el GRAPO, de enloquecida existencia. Las actividades criminales de estos grupos fueron la cara amarga del proceso de reconciliación y concordia que se ha bautizado como Transición. Felizmente ganaron «los buenos».

En el multitudinario entierro de los abogados de Atocha se vio un helicóptero sobrevolando la plaza de Colón en Madrid. Según me confirmó el propio rey Juan Carlos I, en ese helicóptero estaba él. Quería ver ese espectáculo cívico de tristeza, pero de inmensa responsabilidad democrática. Y se impresionó. Tengo para mí que esa visión de la multitud fue el detalle de convicción que le faltaba, si es que le faltaba alguno, para apoyar a Suárez en la legalización del Partido Comunista frente a la oposición radical, por no decir enfurecida del estamento militar.

¿Y qué hacía ese rey en 1975? Hacía una labor muy compleja. Sabía que solo habría restauración de la monarquía en su persona, pero su padre era el titular de la legitimidad dinástica. Debía mostrar lealtad a Franco, pero no podía traicionar a Don Juan. Sabía que tendría que heredar a Franco y que la última palabra siempre la tendría Franco y, por lo tanto, no podía irritarle ni con su pensamiento, ni con sus palabras ni con sus hechos, pero al mismo tiempo no podía contaminarse de franquismo si quería ganar la

confianza de la llamada oposición democrática. Y tenía que ganar esa confianza al tiempo que no podía fallar a lo que entonces se llamaba el búnker.

La doble cara de Jano se encarnó en su persona. Estaba al lado de Franco en las solemnidades, pero se veía con mucha de esa oposición de forma clandestina y se supone que con la complicidad de los Servicios Secretos para que esa información no llegase al Palacio de El Pardo. Y envió a su gran amigo Manuel Prado y Colón de Carvajal a entrevistarse con Ceaucescu, dictador comunista de Rumanía y amigo de Santiago Carrillo en busca de un pacto: que el Partido Comunista de España no boicotease las solemnidades de la proclamación de don Juan Carlos como rey. El pacto era trascendente porque el Partido Comunista era el único organizado en aquella España y el único que tenía capacidad de movilización.

Carrillo cumplió, y el Partido Comunista fue legalizado año y medio después, cuando las circunstancias lo hicieron posible. El 22 de noviembre de 1975 don Juan Carlos salía del edificio que hoy es Congreso de los Diputados dispuesto a que España fuese una democracia en la que todos los españoles tuvieran un lugar bajo el sol. Ese año mágico se cerró con esa expectativa, que no se empezó a cumplir hasta aquel día en que Torcuato Fernández-Miranda pudo decir: «Estoy en condiciones de ofrecer a Su Majestad lo que Su Majestad me ha pedido». Le había pedido un milagro. Y un milagro es lo que España empezó a vivir el 22 de diciembre de 1975. Por primera vez desde la Guerra Civil, el PCE no se movió por una prohibición policial, sino por un acuerdo. Como todo lo que ocurrió durante la Transición.